

# SOBERANÍA ALIMENTARIA: UN DESAFÍO PARA LA AGRICULTURA FAMILIAR

Alejandro Diez

Quiero comenzar señalando que acepté la invitación de Fernando Eguren con mucha inseguridad y poca soberanía, con la condición de que esta intervención sea una conversación o un intercambio libre de perspectivas antes que una discusión sobre conceptos o resultados de investigación.

Uno de los planteamientos políticos respecto de las alternativas para asegurar la soberanía alimentaria es promover que la agricultura familiar (nacional) produzca lo suficiente para asegurar la alimentación de sus ciudadanos. Al respecto, cabe entonces preguntarse: ¿hasta qué punto y en qué condiciones pueden los productores familiares asegurar la alimentación (y la nutrición) no solo de ellos mismos sino también la del resto de la sociedad? Ello es particularmente complicado si tenemos en cuenta que en muchos países —incluido el nuestro— el conjunto de la sociedad es más numeroso que el conjunto de agricultores familiares.

Y ello se complica si consideramos que cuando hablamos de agricultura familiar estamos hablando de diferentes cosas y aludiendo a una serie de campos distintos al mismo tiempo: *agricultura familiar* cubre una gama muy grande de productores o de tipos de productores que van desde unidades familiares extensas en grupos tribales de horticultores con economías de subsistencia, hasta núcleos familiares de pequeños productores e incluso *farmers*, que producen para el mercado pero cuya mano de obra sigue basándose en el trabajo de la familia. Excluimos de la categoría a la gran y mediana agricultura comercial, que ya no se desenvuelven en

el marco de lógicas de producción centradas en las unidades domésticas. En el amplio espectro de tipos de casos que podemos llamar agricultura familiar hay situaciones y características diversas en función, por ejemplo, del destino principal de la producción. Así, encontramos agricultores familiares que logran proveerse suficientemente de productos y pueden desarrollar estrategias alrededor de sus posibilidades de autosostenimiento; otros no tienen esta capacidad o esta posibilidad y, por lo tanto, son deficitarios en términos de su capacidad de autoproverseer, por lo que tienen que recurrir a la venta de fuerza de trabajo como medio de sobrevivencia. Y, por supuesto, están aquellos que venden parte de su producción, participando de la economía de mercado, sea porque producen un excedente, sea porque sus estrategias combinan el autoabastecimiento con la adquisición de productos externos. Son estos los que además de alimentarse a ellos mismos pueden contribuir proporcionando alimentos para otras personas. En otras palabras, en las condiciones actuales, el proveimiento de alimentos no estaría en los hombros más que de una parte de los productores familiares.

Una segunda dificultad respecto a los postulados sobre la agricultura familiar es que se trata de un concepto, o de una idea, de un sustantivo que tiene un alto contenido “mítico”. En los Andes peruanos sostenemos las ideas de autosuficiencia de la producción campesina a partir de nuestras imágenes imperfectas de nuestro pasado prehispánico o incaico, periodo en el cual la población no solo producía lo necesario para autosostenerse sino que además generaba excedentes que los incas almacenaban en *colcas* para satisfacer las necesidades de alimentación de la población en caso de necesidad. Aprendemos estas imágenes en las escuelas y colegios, pero permítanme dudar. Así, dudo por ejemplo de que el inca Pachacútec, en su Informe Económico Anual al Congreso de Tucuyricuys, haya informado, por ejemplo: “La provincia de Contisuyo se está muriendo de hambre este año, destinaremos para ello la producción sobrante del Chinchaysuyo”, de manera que gracias a un Estado previsor, responsable y eficiente, las necesidades alimentarias fueran seguras y soberanas. Lo que sabemos de las sociedades campesinas históricas —la peruana incluida— es que han sufrido y sufren endémicamente de hambrunas y de periodos de escasez que generan desnutrición cuando no gran mortandad. Un buen ejemplo de ellos era la campiña irlandesa, que experimentaba recurrentemente periodos de escasez y hambruna antes de

que introdujeran el cultivo de la papa en el siglo XVIII. En el Perú hay evidencia de periodos de escasez y migraciones en la costa norte a causa de las lluvias por El Niño, así como de hambrunas en el altiplano por la persistencia y la duración de las sequías. Dicho en otras palabras: debemos preguntarnos si las posibilidades de autosubsistencia provienen de nuestros mitos o si manejamos suficiente evidencia de que una población de agricultores familiares (campesinos) puede efectivamente sostener la alimentación de una sociedad que tiene un contingente importante de no productores de alimentos.

La evidencia parece abonar en contra. Los agricultores familiares andinos no solo no estarían logrando producir alimentos suficientes para todos sino tampoco para asegurar su propia alimentación y nutrición. Un reciente trabajo de María Mayer sobre las comunidades altas de Huancavelica ilustra la paradoja: su producción es insuficiente y con las dietas actuales buena parte de los niños tienen alarmantes índices de desnutrición. Dicho de otro modo: la pequeña agricultura familiar que tenemos actualmente en muchas partes del país ha sido y es histórica y endémicamente, parcialmente, deficitaria.

Un segundo elemento que se ha de considerar es que, cuando les ponemos el apellido de *campesinas* a todas estas agriculturas familiares, ello indica algo más: se trata de productores que se integran en una sociedad mayor, que participan en mayor o menor medida del proceso de circulación de productos por la vía del mercado. No importa qué tipo de mercado, no importa cuán lejos llega: todas las sociedades campesinas históricas están vinculadas a algún “mercado”, pero están, como decía Efraín Gonzales de Olarte, en sus fronteras.

Por ello, cuando planteamos la relación entre soberanía alimentaria y agricultura familiar nos movemos en el marco de imágenes clásicas, cuando no pasadistas, de una realidad que está en constante proceso de transformación. Hace ya treinta o cuarenta años, los estudios de los economistas mostraban que el 50%, en promedio, de la reproducción de las familias campesinas venía del mercado. Lo que indica la evidencia contemporánea es que esta dependencia del exterior se ha incrementado notablemente, no solo en lo que respecta a alimentos, sino también en una serie de otras mercaderías que vienen de la sociedad mayor y que las sociedades y las unidades familiares también necesitan para reproducirse y vivir mejor. No estamos hablando de *laptops*: estamos hablando

de lápices, cuadernos, ropa, abrigo, medicinas, una serie de otras cosas que son cada vez más necesarias, además, por supuesto, de herramientas e insumos agrícolas, fuerza de trabajo y conocimientos técnicos. Y la tendencia es a que esta relación se haga cada vez más fuerte. Por eso, los trabajos de científicos sociales empiezan a hablar cada vez más de nueva ruralidad y de familias pluriactivas en el sentido de que estas unidades familiares, que desarrollan agricultura familiar, desarrollan también una serie de otras actividades que son igualmente necesarias para su reproducción social. Y estas actividades comprenden desde migrar, que es una salida clásica, hasta dedicarse a la transformación de productos agropecuarios pero también el trabajo en minas, el turismo vivencial, la integración a cooperativas y el establecimiento de convenios y contratos para participar en mercados más lejanos. Tenemos, así, familias que se desplazan mucho y se dedican a un conjunto de actividades no vinculadas a la producción de alimentos, y esta proporción de población es cada vez más importante.

Nuestro problema de seguridad y soberanía alimentaria, visto desde las unidades familiares, es en realidad, pues, el problema de la proporción entre el autosostenimiento por producción interna y lo que necesitamos del exterior, y entre el excedente que podamos producir para nutrir a otros *versus* el ingreso que yo recibo por ello para suplir mis otras necesidades. El problema, visto desde la unidad familiar, es pues: ¿hasta qué punto con lo que yo produzco puedo alimentarme a mí mismo y a mi familia, y, al mismo tiempo, generar suficiente ingreso para poder satisfacer las necesidades que no puedo satisfacer directamente con lo que produzco? El problema de esta disyuntiva es que lo que muestran los análisis de economistas de puros números y puras fórmulas —que yo solo entiendo medianamente— es que la mayoría de las economías de los pequeños productores son deficitarias, lo que hace que estas unidades no sean solo campesinas sino también pobres, en el sentido de que no pueden suplir lo que necesitan, lo que los hace dependientes de transferencias enviadas como remesas por sus familiares emigrados o de los diversos programas del Estado para combatir la pobreza.

Estamos frente a unas unidades de producción que son frágiles, pobres y, en promedio, no autosuficientes. Eso no quiere decir que no haya productores que en efecto puedan producir para los demás y para sí mismos de

manera eficiente. Podemos encontrar muchos ejemplos de espacios agroecológicos de producción sana, múltiple, que consiguen nutrir a la familia y hasta producir un pequeño excedente, pero esos son los menos.

Una primera conclusión parcial de esta suma de elementos es que cuando hablamos de la posibilidad de una producción familiar para garantizar soberanía o seguridad alimentaria estamos hablando de una producción familiar que por el momento no tenemos. Estamos entonces hablando de *otra* (*¿futura?*) producción familiar, de una nueva forma de producción familiar, de una forma más intensiva de producción familiar que la actual que permita cubrir la necesidad de autosostenimiento más la producción de un importante excedente. Estamos hablando, entonces, de una agricultura familiar transformada, futura y, esperamos, plausible.

Una segunda conclusión parcial es que, dadas las condiciones, no parece que la agricultura familiar sea la única alternativa posible y la única llamada a solucionar el problema. Sin duda, es importante por varias razones: 1) hay agricultores familiares, hay muchos; 2) no van a desaparecer pasado mañana, por lo que necesitan de alternativas para poder vivir mejor; y, 3) se necesita transformar la agricultura familiar para producir una mayor cantidad de alimentos.

Sin llegar al extremo de defender a las grandes corporaciones productoras de alimentos, dada la complejidad y el desbalance en la población entre los productores de alimentos y los consumidores de alimentos, creo que la sociedad necesita también otros espacios y agentes de producción, a escalas mayores que la agricultura familiar.

Por otro lado, las posibilidades de producción de la agricultura familiar para satisfacer las necesidades de alimentos de otras poblaciones tienen una serie de limitaciones que provienen del entorno y de su cercanía a mercados. En algunas zonas rurales europeas podemos encontrar productores familiares que ofrecen productos ecológicos para unas cincuenta familias que viven en proximidad. Parece un buen modelo, pero se trata de casos en los que un agricultor, con buen acceso a la tierra, desarrolla de manera semiintensiva producción agropecuaria para satisfacer necesidades de un buen número de familias que obtienen sus ingresos de otras fuentes no rurales y no agropecuarias. Es un modelo interesante, difícil de replicar en los propios países europeos, en donde la mayor parte de la población se alimenta a través de lo producido por consorcios y mucho más difícilmente replicable en nuestro país.

En el Perú podemos imaginar, de manera muy general y gruesa, pobladores de costa, de sierra y de selva: los primeros muy cercanos al mercado, los segundos en posiciones intermedias y en condiciones desfavorables de producción, y los terceros en espacios donde la diversidad permite una serie de productos diversos. Los tres tipos de pobladores necesitan de manera diferente el mercado. Los de la costa están sumergidos en él; estar fuera del mercado es muy difícil como alternativa. De hecho, muchos practican agricultura familiar pero son monoprodutores. La agricultura de sierra, en cambio, es multiproductora y podría proveer diversos alimentos, pero es también deficitaria en tierras, poco productiva por condiciones agroecológicas y sumamente vulnerable. En cambio, el productor selvático tiene una serie de ventajas pero también una serie de limitaciones para intensificar la producción por temas de fragilidad y poca sostenibilidad del suelo, entre otros factores.

A partir del conjunto de reflexiones planteado, quisiera formular una serie de conclusiones propositivas o, si se quiere, algunas hipótesis:

- 1) La autosuficiencia de la agricultura familiar siempre es parcial. No parece posible un autosostenimiento absoluto de la agricultura familiar, ni tampoco una agricultura familiar como sostén alimentario exclusivo del conjunto de la población del país.
- 2) La insuficiencia de la agricultura familiar como fuente de alimentos responde en buena parte a su limitada base productiva. Nuestros pequeños productores tienen, con suerte, 3 hectáreas; las más de las veces, 2,5, 1,8, 0,4 hectáreas, y con esas dimensiones de tierra cultivada ninguna agricultura familiar es sostenible, ni en el pasado, ni en el presente ni, menos, en el futuro. Hay una insuficiencia endémica en la base productiva de las unidades familiares, y eso es lo que hace que las familias tengan que ser pluriactivas, porque su base productiva no permite el sostenimiento.
- 3) Existe un desequilibrio en el paquete de intercambio económico-tecnológico entre la producción de alimentos y el consumo de otros productos no alimentarios que requieren las familias que practican agricultura familiar; las cosas que compran son más caras que las cosas que producen y, por ello, el déficit productivo se traduce en un “desequilibrio económico”.

Podemos proveer algunos ejemplos que ilustran la problemática. Un ejemplo etnográfico muy habitual es encontrar que la población campesina está dejando de comer papa, quinua y tarwi para comer fideos, arroz, gaseosas y productos enlatados. Esta es una tendencia global: la cantidad de lugares en donde se come fideos y arroz ha crecido en las últimas décadas. Todos los que tenemos 20 o más años *haciendo campo* lo constatamos cotidianamente. Hubo una época cuando en las comunidades solo se podía comer papa, queso y, de vez en cuando, muy de vez en cuando, algún tipo de carne; además, la disponibilidad de alimentos dependía de la estación y periodo del año. Ahora se puede comer fideos en cualquier momento del año, porque los fideos llegan todo el año en camiones, en tanto que las papas y la quinua solo se cosechan algunos meses.

Todos los cambios en la alimentación no son negativos. Hay proyectos de desarrollo, iniciativas de ONG, de la FAO, del Estado, que promueven el desarrollo de huertos, invernaderos y otros medios para la producción diversificada de alimentos —generalmente hortalizas—. Recuerdo el caso de un club de madres que intentó hacer una sopa de betarraga, que ningún campesino pensaba en esa época fuera comestible. Pero de un tiempo a esta parte los campesinos comen zanahoria, cebolla y betarraga, que incluso producen ellos mismos, aunque en pequeñas cantidades. Ciertamente, el proceso de introducción de fideos es mucho más rápido y masivo que el de zanahorias, cebollas y betarragas, pero también es un proceso posible en el que hay que pensar.

Todo esto nos remite a un problema mayor: el de los patrones de consumo de la población campesina pequeña productora, pero también de la sociedad mayor, con sistemas agroalimentarios mucho más complejos. Creo que la función del discurso de la soberanía alimentaria consiste también en generar un cambio paulatino en los patrones de consumo, que es aún muy lento. La soberanía y la seguridad no tienen que ver solo con qué es lo que se produce sino también, y sobre todo, con lo que la gente está dispuesta a consumir y con cómo se alimenta. La idea de que el cuerpo necesita alimentos sanos no está muy difundida, y si lo está, nos siempre pasa a la práctica de consumo. La toma de conciencia tiene que ver con el cambio en los hábitos de alimentación, que siempre es lento. La seguridad alimentaria no se va a generar solo porque los pequeños productores produzcan más y mejor; también relacionada con lo que producen los medianos productores y las unidades agroindustriales. Podría requerir que se cambie el patrón

de productos y sus lógicas de transformación y distribución, y ello tiene que ver también con la regulación desde el Estado y, por supuesto, con la demanda por alimentos de la población.

Termino diciendo que la soberanía alimentaria no es un concepto cerrado, pues tiene una serie de elementos distintos. Algunos de ellos más posibles que otros, algunos de ellos más ideológicos que otros, algunos de ellos más utópicos que otros. Parte del trabajo de la reflexión consiste en empezar a decantar cuáles de los elementos que estamos colocando bajo el paraguas de soberanía alimentaria son más asibles, recuperables, incorporables a políticas más operativas y pueden mejorar la nutrición y la seguridad alimentaria de la población.

Comentario:

Jaime Urrutia

Yo soy integrante de la institución Servicios Educativos Promoción y Apoyo Rural (SEPAR), de Huancayo, y quisiera remitirme a dos de nuestras experiencias institucionales, entre muchas, una buena y otra mala: la maca y la quinua. Nosotros organizamos grupos de productores en las zonas altas de Junín que sembraban maca en sus propiedades, más o menos pequeñas para la zona, en una iniciativa que puede describirse como agricultura familiar, porque no utilizaban casi ningún trabajador externo, salvo para algunas actividades muy específicas, y tampoco utilizaban insumos. Comercializábamos cinco o seis toneladas anuales a través de las cadenas de comercio justo. Pero como título de alguna película, “llegaron los chinos”, solo que aquí literalmente llegaron los chinos, con lo que el precio de la maca más fina se disparó, por decir, de 100 soles el kilo a mil soles el kilo, porque estos compradores chinos comenzaron a competir y a acopiar maca de toda la zona; con ello se acabó el comercio justo, se acabó nuestra cadena y se acabó nuestra asociación de productores, que prefirieron vender individualmente. Pasada la fiebre china, el precio ha vuelto a caer pero ya no existe la asociación original de productores de maca orgánica.

El otro ejemplo nos remite a la quinua. Tenemos un convenio con una empresa para que financie la siembra de quinua orgánica en el distrito de Huamanguilla, Ayacucho; la empresa brinda pequeños fondos con los que los agricultores asociados enfrentan todo el proceso de producción y luego le venden toda la producción a ellos para que la comercialicen, sobre la base de un precio fijado a la siembra en relación con el volumen de compra acordado con la misma empresa.

¿Qué quiero resaltar con estos dos ejemplos? Quiero remarcar que es imposible concebir la agricultura familiar sin vincularla con el mercado. Eso ya está dicho por otros participantes, pero lo subrayo nuevamente.

Hablemos de agricultura familiar. Primero, el Perú es un país donde la propiedad se fragmenta cada vez más. El último CENAGRO es rotundo: tenemos unidades agropecuarias más pequeñas que las de hace diez o veinte años, lo que quiere decir que cada unidad familiar tiene menos tierra para sembrar. Segundo, son tierras marginales. Y tercero, las condiciones tecnológicas son insuficientes. Como ya señalaron algunos expositores, nos enfrentamos a varios mitos. ¿El campesino sabe todo? ¿No hay que

tocar esta riqueza agroecológica? Para comenzar debemos decir, por ejemplo, que en el Perú los agricultores desperdician el agua: se inunda, no se riega; debemos reconocer sin embargo que en los últimos años ha habido mejoras sustantivas con la introducción de formas de riego, como riego por goteo, etcétera, aunque existen serias limitaciones tecnológicas en la misma producción de las unidades agropecuarias. En ese contexto, se introducen productos nuevos al consumo familiar: fideos, arroz, atún, a lo cual debemos agregar el impacto de los programas sociales del cual nos habló María Mayer para el caso de la zona Chopcca, en Huancavelica. Esto es interesante, porque nos lleva a otro problema: ¿es posible vincular a las familias comuneras que practican agricultura familiar con las demandas del mercado?, ¿qué papel juegan las comunidades en relación con la intención de las unidades familiares de vincularse con el mercado?

Debemos reconocer que muchas comunidades son prácticamente ficticias, y responden solo a un reconocimiento normativo. Un buen ejemplo es la comunidad de “Yanacancha”, si recuerdo bien el nombre, “inventada” y registrada para lotizar la franja litoral del distrito de Villa El Salvador: se “crea” una comunidad, se registran las tierras, se parcelan y se venden. Seguramente hay muchos ejemplos similares en el Perú.

Pero en la mayoría de comunidades las familias trabajan sus parcelas desde siempre, aunque, ya lo dijimos, con serias limitaciones de vinculación con el mercado. Nuestra propuesta es simple: el desarrollo de la agricultura familiar debe fundamentalmente vincularse con el mercado, pero a través de algún tipo de agrupación, de organización, que supere las limitaciones de las familias aisladas.

En Lima y otras ciudades han aumentado en los últimos años las llamadas ferias ecológicas, con sus dos características centrales: producción sin componentes químicos, y pequeña propiedad detrás de cada puesto de venta. Pero en estas ferias los productos cuestan más que en los mercados formales y las cadenas de supermercados, pues es más costoso producir sin utilizar insumos químicos, ni disponer de sistemas de almacenamiento y transporte adecuados. En otras palabras, si no hay una mínima asociatividad, sobre todo para los circuitos de comercialización, la agricultura familiar tendrá un futuro limitado.

Por otra parte, los ejemplos de la maca y la quinua que mencioné demuestran que hay posibilidades de desarrollo de agricultura familiar con productos nuevos. Sabemos del potencial de centenares de variedades de

papa, pero será importante ofrecer productos novedosos para ganar un espacio de consumo. El sauco era, en algunos lugares, denominada como “planta del diablo” y el consumo de su fruto era insignificante, al igual que el aguaymanto, el yacon, la misma maca. Es decir, diversos productos que no tenían mercado en algún momento comienzan a ser demandados por diferentes razones. Por ello, habría que ver hasta qué punto extraemos lecciones de estos procesos exitosos para pensar en cadenas de producción que, con productos tradicionales o nuevos, se vinculan al mercado exitosamente. Debemos concebir el desarrollo de la agricultura familiar más allá, o en concordancia con la reducida visión del autoconsumo y la seguridad alimentaria, impulsando el desarrollo de cultivos en el marco de la agricultura familiar, que debe vincularse con el mercado a través de asociaciones. Ese es el mensaje central que quisiera transmitir a partir de nuestras experiencias concretas.